ANTONIO BASANTA REYES

Y VINIERON A ADORARLE

El belén: tradición, recreación y leyenda

FONTE
GRUPO EDITORIAL

© Antonio Basanta Reyes
© Edición de Pablo Cervera Barranco
© Fragmento: *El invernadero*. Herederos de José María Sánchez-Silva
© Grupo Editorial Fonte
Paseo del Empecinado, 1; Apdo. 19 - 09080 Burgos
Tfno.: 947 25 60 61

www.montecarmelo.com
www.grupoeditorialfonte.com
editorial@grupoeditorialfonte.com

ISBN: 978-84-10023-62-8
Depósito Legal: BU-324-2024

Impresión y Encuadernación
Grupo Editorial Fonte - Burgos
Impreso en España. Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionada puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

ÍNDICE

Prólogo 9

Introducción 11

Capítulo I. El ocho de diciembre 15

Capítulo II. Un ritual mantenido en el tiempo 21

Capítulo III. La presencia luminosa del belén popular ... 27

Capítulo IV. Licencia pido, señores.
(Una evocación personal) 37

Capítulo V. Un belén de palabras 51

El belén de don Benito 52

El buey y la mula (selección) 53

El belén de Marcelino 68

El invernadero (selección) 70

Capítulo VI. Y el belén se hace verso 79

La Navidad preferida (Belén malagueño) 80

Figuras de barro para un belén naïf 82

Poema para enseñar a poner el belén a un hijo 84

El cajón 88

Romance con nostalgia para decir en Navidad 90

Capítulo VII. Cuando el belén es leyenda 93

El cuarto Rey Mago 96

El belén de Jesús 100

Coda. Epílogo a un tríptico navideño
(Pablo Cervera Barranco) 107

PRÓLOGO

La Fundación Tatiana colabora desde hace años con Antonio Basanta en la difusión del Belén como parte del patrimonio histórico-artístico, reconocido recientemente por la UNESCO. Las exposiciones de los belenes de la colección Basanta-Martín en nuestras sedes de Ávila y Cáceres han sido visitadas por decenas de miles de personas en estos años.

Este libro, titulado *Y vinieron a adorarle,* es la culminación de un proyecto que comenzamos en 2022, para acompañar esas exposiciones con la publicación de una trilogía escrita por el propio Antonio Basanta, sobre las distintas dimensiones del Belén y su papel en la Historia del Arte.

Como en los volúmenes precedentes —*Lo envolvió en pañales* (2022) y *Lo reclinó en un pesebre* (2023)— Basanta nos introduce magistralmente en la realidad visible e invisible del icono navideño. Su prosa, cargada de poesía, es una voz que nos acompaña en el viaje hacia el hogar más representado de la Historia. Una historia que se hace Arte desde los primeros siglos de nuestra Era, pero que se plasma materialmente desde

una representación inolvidable dirigida por un dramaturgo excepcional en una noche de Greccio de 1223.

La poesía, decía Simone Weil, sólo puede darse en la ausencia de los esplendores del poder. Pero la poesía no es inofensiva sino «un arma cargada de futuro», en el tópico de Celaya. Porque la belleza, comenta Jiménez Lozano, «nunca es adormecedora y evasiva, por el contrario, trastorna el corazón y la cabeza y, al final, el orden del mundo».

La Fundación Tatiana promueve el impacto trascendente en las personas para que, mediante el liderazgo, el emprendimiento y la Ciencia, mejoren a su vez la vida de otras muchas personas. Son miles los jóvenes, los científicos, los emprendedores, que participan de nuestras actividades y que se benefician de nuestras ayudas para progresar y contribuir al progreso social. Todos ellos son ondas expansivas de la gran decisión de nuestra fundadora, Tatiana Pérez de Guzmán el Bueno, de legar su patrimonio a la Fundación para ponerlo al servicio de la sociedad.

Antonio Basanta nos ayuda a entender que el Belén no sólo es una manifestación artística entrañable, sino que nos enseña que las decisiones de cada uno —las más importantes y las más cotidianas— pueden tener un impacto que trascienda no sólo a otras personas sino al propio paso del tiempo, atravesando los siglos. Pero solo si están impregnadas de la fuerza que, en palabras del Dante, «mueve al Sol y las demás estrellas».

Teodoro Sánchez-Ávila Sánchez-Migallón
Presidente de la Fundación Tatiana

INTRODUCCIÓN

Portalico divino,
¡cuán bien pareces!
con el niño chiquito, bonito,
que nos ofreces.

Dulce portalico,
lleno de mil perlas,
¡quién pudiera haberlas
para quedar rico!
Tus bienes publico,
pues tan bien pareces
con el niño chiquito, bonito,
que nos ofreces.

Una vez más, el mayor de los misterios expresado a través del manantial de la poesía; en los versos que, allá por 1606, escribiera Francisco de Ávila, haciendo del lugar en el que sucede el más maravilloso acontecimiento el protagonista principal de rimas inolvidables.

Un Portal que es, simultáneamente, espacio y tiempo, pues en él todo se aúna, se integra y se concilia. No solo es un dónde, sino también un cuándo, pues el tiempo se renueva, y el pasado se hace presente y

futuro ante el nacimiento de la Criatura que viene a traer al mundo el sentido definitivo de la esperanza, del consuelo y del perdón.

A pesar de su humildad, Dios ha querido escoger el Portal como albergue de lo más grande. Y no por lujoso, sino por discreto. No por suntuoso, sino por sencillo. No por distante y sí por amable y enternecedor. De ahí que el autor del poema que precede a estas líneas, al referirse a él, haga uso del diminutivo en –ico, evocación no solo de su pequeñez, sino de su candor, de su cálido afecto.

Esas son también las cualidades que palpitan en todo belén que se precie. Y más cuando, con el rodar de los años, éste termine haciéndose común, doméstico, más próximo que nunca; cuando, tras un lento proceso, que comienza a mediados del siglo XVII, sin abandonar los recintos eclesiásticos o conventuales, sin dejar de estar presente en palacios y casas nobiliarias, finalmente arribe a los hogares, quién sabe si alcanzando el ansiado y principal destino de su devenir.

Surgen, de este modo, los entrañables belenes tradicionales y populares, con su conmovedora ingenuidad, sus anacronismos y singularidades de escala, su tipismo poblado de anécdota, de simbolismo, en los que, por encima de cualquier otro criterio, gobiernan la emoción, la más entrañable devoción y una desbordante y libre fantasía, ajena siempre a la encorsetada rigidez de cánones y protocolos.

El belén se vuelve, así, sustancialmente cercano, dotado de un aura que enriquece o recupera la infancia personal y cuanto implica. Por ello, no hay belén popular que no apele al lenguaje del corazón, que es

el genuino de la niñez. A la inocencia, la alegría y el asombro. Y al placer de reunirse en torno a él, para, por su presencia, unidos niños, adultos y ancianos, celebrar el verdadero sentido de la Navidad, nunca tal, si no es canto y alabanza a la más amorosa Natividad.

Belenes que terminarán convirtiéndose en parte inseparable de nuestras vidas; piezas centrales del ciclo navideño, y más en el caso de España, hasta el punto no sólo de dar forma a una de nuestras más ricas tradiciones, felizmente repetida año tras año, sino de poblar también los espacios de la imaginación, donde ya ni siquiera es necesaria la presencia real de las figuritas (nuevo guiño lingüístico a la ternura pueril del belén); ahora el nacimiento se vuelve «inmaterial», pura ideación, pues, por sí mismo o a través de alguno de sus personajes, se hace motivo, argumento principal en la actividad creadora de narradores y poetas o refulge en el caudal perpetuo de las leyendas.

De todo ello he querido dejar testimonio en esta obra, consciente de que los campos a los que me aproximo son tan tentadores como casi infinitos. Pero, al menos, he tratado de bosquejar sus perfiles. Y de hacerlo precisamente en este último libro de la trilogía que, a petición de la Fundación Tatiana, se inició en el año 2022 con *Lo envolvió en pañales*, continuó en 2023 con *Lo reclinó en un pesebre*, y ahora, en 2024, culmina con *Y vinieron a adorarle*. Un título que pretende explicitar el sentido profundo del belén: por el uso del verbo venir. Y por el del verbo adorar.

Todo belén es una llamada que invita al más feliz de los trayectos; un anuncio que nos conduce al descu-

brimiento más fascinante que jamás podríamos haber soñado: estar ante la presencia de ese Dios que acaba de nacer para hacernos compañeros inseparables de su Camino, de su Verdad y de su Vida. Por eso acudimos ante Él. Y por ello le adoramos, en la acepción más antigua y genuina del término, pues adorar, antes que acción de veneración o pleitesía, etimológicamente expresa deseo de diálogo, de conversación, de oración con Quien nos regala, ya desde la cuna, las claves fundamentales de su mensaje redentor. Las mismas que se contienen y manifiestan de continuo en el belén. Y que, desde él, proyectan toda su potencia.

Mientras la Humanidad siga cultivando el sentido de la espiritualidad y de la trascendencia; mientras confíe en la fuerza generatriz del amor, que es dar y compartir, en nuestras vidas habrá un belén. Y, en él, un "portalico" para hacernos partícipes de su inagotable tesoro.

En tu cuadra bella
yace el claro sol,
que con su arrebol
da gran luz en ella.
Con tan clara estrella
el cielo pareces,
con el Niño chiquito, bonito,
que nos ofreces.
Niño, Dios divino
vino a ti del cielo,
debajo de un velo,
raro y peregrino,
y en este camino
el alma enriqueces
con el Niño chiquito, bonito,
que nos ofreces.

CAPÍTULO I

EL OCHO DE DICIEMBRE

El peligro era extremo.

De poco parecía haber servido el esfuerzo denodado de los últimos días, tratando de refrenar el ataque imparable de los asaltantes. El agotamiento, el hambre y la desesperanza empezaban a adueñarse de los combatientes españoles, cada vez menos sensibles a las arengas, cada vez más convencidos de que su final, y su derrota, se acercaban irremisiblemente.

—¡Contened los diques! ¡Mantened firmes la posición!

Francisco Arias de Bobadilla, uno de los Maestres de Campo más prestigioso de los gloriosos Tercios al mando de Alejandro de Farnesio, trataba así de evitar el avance de los atacantes y de defender la isla de Bommel, territorio de Flandes, donde los ejércitos españoles seguían asentados en aquella mañana del 7 de diciembre de 1585.

A un lado, el caudaloso río Mosa. Al otro, abrazando el territorio, el anchuroso Waal, ceñido al Mosa a través de varios canales. Y, rodeándolo todo, la amenaza de la escuadra de doscientos barcos del almirante Filips Van Hohelonhe-Neuenstein.

Solo el arrojo de soldados y oficiales españoles había sido capaz de contener hasta entonces el asedio. Únicamente su entrega, su firme voluntad de nunca capitular, había logrado que la victoria enemiga no fuera definitiva y completa. Resistir o morir, ese era el compromiso, pero nunca entregar la plaza.

De pronto, un rumor desconocido se alzó sobre el griterío de los contendientes. Un rumor bronco, creciente y destructor, que Arias de Bobadilla reconoció de inmediato.

—¡Atrás, atrás, poneos a salvo! ¡Han abierto las compuertas y las aguas van a inundarnos!

A su orden, los más de cuatro mil soldados que aún resistían, abandonaron las orillas de la isla para tratar de alcanzar su punto más alto, el monte Empel, donde se alzaba una capilla, en la confianza de que allí encontrarían refugio.

Llegados a su cima, las tropas comenzaron a excavar trincheras desde las que protegerse y repeler el ataque de los asaltantes. Y fue precisamente entonces cuando uno de los soldados españoles, al introducir su pala en la tierra empapada por la lluvia que no cesaba, sintió una dureza imprevista. Porfió de nuevo y tuvo entonces la seguridad de que algo impedía su excavación. No parecía una roca, sino más bien un objeto ligero, que se movía al impulso de sus envites. Intrigado por saber de qué se trataba, comenzó a cavar con las manos y pronto sus dedos creyeron tocar un cuerpo plano y rectangular. Parecía el marco de una ventana, aunque de menor grosor. Palpó de nuevo el objeto aún enterrado y sintió entonces en su tacto la peculiar superficie